

las llanuras de la India y libró una sangrienta batalla en los mismos sitios en que en época reciente Inglaterra y los Sikhs lucharon por más espacio, andaba sin duda en pos de alguna California. Muchos Monterreyes debió de atacar para conseguir espacio.

Señor, él hizo tanta historia de este género como jamás hareis vosotros: ¿Recordais el último capítulo de esta historia, señor Presidente? Es corto. ¡Oh! yo quisiera que pudiéramos interpretar su moral. El hijo de Ammon (así llamaban á Alejandro), despues de todas sus grandes victorias, murió borracho en Babilonia. El vasto imperio que conquistó para "obtener espacio," se convirtió en la presa de los mismos generales que había disciplinado, quienes se lo repartieron; y acabó el imperio hecho pedazos. Señor, hay un apéndice muy significativo, y es este: Los descendientes griegos—de los griegos de Alejandro—están ahora gobernados por un descendiente de Atila.

Señor Presidente, mientras estamos peleando por espacio, consideremos profundamente este apéndice. Me sorprendió algo el otro día, oír declarar al senador por Michigan, que Europa nos había completamente olvidado, hasta que estas batallas nuestras la despertaron. Supongo que el senador aludido agradece al presidente este despertar de Europa. ¿Recuerda el señor presidente—á quien juzgo versado en las enseñanzas cívicas y militares del pasado,—el dicho de un hombre que había investigado profundamente la historia y también la naturaleza y el destino humanos? Montesquieu no tenía una gran opinión de ese modo de hacer despertar. "Feliz, dijo, la nación cuyos anales son monótonos."

El senador de Michigan tiene una opinión diferente en esta materia. El cree que una nación no es distinguida si no alcanza á distinguirse por la guerra. Teme que las adormidas facultades de Europa no hayan podido apercibir que aquí hay veinte millones de anglosajones haciendo ferrocarriles y canales y desarrollan-

do todas las artes de la paz hasta alcanzar el mayor complemento de la civilización más refinada. No lo saben. ¿Y cuál es el asombroso expediente que este democrático método de hacer historia ha adoptado para que seamos conocidos?—asaltando ciudades, destruyendo hogares felices y pacíficos, matando hombres—¡ay, señor, tal es la guerra,—y matando mujeres también.

Señor, he leído en alguna descripción de la batalla de Monterrey, que una hermosa joven mexicana, con la benevolencia de un ángel en su pecho y con el viril valor de un héroe en su corazón, estaba afanosamente ocupada durante el sangriento conflicto, al rugir de las casas que se desplomaban, entre los quejidos de los agonizantes y el bárbaro fragor de la pelea, en acarrear agua para mitigar la ardiente sed de los heridos de ambas partes. Mientras que se inclinaba sobre un soldado americano herido, para socorrerle, una bala de cañón la alcanzó y la redujo á átomos! Señor, yo no culpo de esto á nuestros generosos compatriotas que libraron el combate. No, no! Nosotros, los que los enviamos; nosotros, que sabemos que escenas como esta, capaces de arrancar lágrimas de dolor á las férreas mejillas de Plutón, son las invariables, las inevitables consecuencias de la guerra, nosotros somos los responsables de esto! Y esta es la manera de que seamos conocidos de la Europa. Esta, esta será la imperecedera fama de la libre América republicana. "Ha acometido una ciudad, ha matado muchos de sus habitantes de ambos sexos; luego tiene espacio disponible!" Así se leerá. Si ésta hubiera de ser nuestra única historia, quiera el Dios de las misericordias que su capítulo llegue pronto á su término.

¿Cómo es así, señor Presidente, que nosotros, los Estados Unidos, un pueblo de hoy comparado con las antiguas naciones del mundo, estemos haciendo la guerra por territorio para obtener espacio? Contemplad vuestro país, que se extiende desde los montes Allegha-

nies hasta el Oceano Pacifico y que es capaz de sustentar cómodamente una población mayor que la que habrá en la Unión en los próximos cien años. Tan escarpada está vuestra población en esta vasta área de territorio, que recuerdo que en la última sesión autorizamos un regimiento de guardias montados para custodiar el correo desde la frontera del Missouri hasta la boca del Colombia; y, sin embargo, persistís en la ridícula afirmación de que necesitáis espacio. Cualquiera creería, al oír la continua repetición de esta queja, que tenáis una población rebotante, prolfica, cuyas energías estaban paralizadas, cuya actividad estaba atrofiada por la falta de espacio. ¿Por qué hemos de ser tan débiles ó tan malvados, señor, que ofrezcamos esta fútil excusa para cohonestar el saqueo de una república vecina? A nadie lograremos engañar ni aquí ni en el extrajero.

¿Qué no sabemos, señor Presidente, que es ley que nunca será abrogada, que la falsedad es de corta vida? ¿No fué hace tiempo ordenado que sólo la verdad será eterna? No importa lo que digamos hoy ó lo que podemos escribir en nuestros libros; el severo tribunal de la historia los revisará y descubrirá la mentira y nos someterá á juicio ante esa posteridad que nos bendecirá ó nos maldecirá, según obremos ahora prudente ó imprudentemente. En vano nos ocultaremos en la fosa (que á todos nos espera); aguardaremos en ella como el pájaro estulto, que oculta la cabeza en la arena, en la vana creencia de que no se le ve el cuerpo; pero aun allí, esta absurda excusa de necesidad de espacio será desenterrada, y el futuro inmediato resolverá quo fué sólo un pretexto hipócrita con el cual encubrimos la avaricia que nos impulsaba á codiciar y á apoderarnos por la fuerza de lo que no nos pertenecía.

Señor Presidente, este inquieto deseo de aumentar nuestro territorio, ha depravado el sentido moral y ha atrofiado la sagacidad ordinaria de nuestro pueblo.

¿Cuál ha sido la suerte de todas las naciones que han obrado sobre la idea de que deben progresar? Nuestros jóvenes oradores acarician esta noción de progreso con un celo ferviente, pero fatalmente equivocado. Le designan con el misterioso nombre de "destino." Nuestro destino, dicen, es marchar adelante; y sobre esto sostienen con sofisticado ingenio la justificación de apoderarse del territorio de cualquier pueblo que se halle en el camino de nuestro predestinado progreso. Ultimamente estos progresistas se han tornado clásicos; algunos aficionados á las antigüedades les han procurado un santo patrón. Vagando en el desolado Panteón, entre las reliquias politeistas de la "pálida madre de los imperios muertos," han hallado un dios á quien los romanos, en los siglos que fueron, le apellidaron "Terminus."

He oído mucho hablar, señor, y he leído otro poco, de este personaje "Terminus." Alejandro, á quien he citado, era un devoto de esta divinidad. Ya hemos visto cual fué el fin de Alejandro y de su imperio. Decíase que era un atributo de este dios, que siempre avanzaba y jamás retrocedía. Así lo creyeron tanto la Roma republicana como la Roma imperial. Era como ellos decían, su destino. Y por algún tiempo pareció que así era. El "Terminus" romano avanzó. Bajo las águilas romanas fué llevado, desde su santuario en el Tiber hasta el remoto Este por una parte; y por la otra hasta el remoto Oeste, entre las tribus bárbaras de la Europa Occidental.

Mas á la larga llegó el tiempo en que la justicia retributiva se tornó tambien "un destino." El despreciado Galo convocó al desdeñado Godo, y Atila y sus Hunos repercutieron el grito de guerra de ambos pueblos. Las naciones de ojos azules del Norte, ya reunidas ó separadamente, derramaron sus huestes de innúmeros guerreros sobre Roma y sobre el dios "Terminus" romano que avanzaba siempre. Fué entonces cuando las hachas de combate de los bárbaros doblegaron las

águilas romanas. Terminus al fin retrocede; lentamente primero, luego es arrojado hasta Roma; y por último, de Roma hasta Visancio.

El que quiera conocer cual fué la suerte final de esta deidad romana, bajo cuyo patrocinio se ha puesto recientemente la democracia de América, puede saciar ampliamente su curiosidad en las luminosas páginas de la obra de Gibbon: "Decadencia y caída del Imperio Romano."

Los que la lean encontrarán que Roma creyó, como vos creéis, que era su destino conquistar provincias y naciones: é indudablemente decía, como vosotros decís hoy: "Conquistaré la paz." ¿Y dónde está ahora la Señora del mundo? La araña teje su tela en sus palacios, y el buho entona su lúgubre canto en lo alto de sus torres.

El poder teutónico se enseñorea sobre los restos serviles, sobre el mísero momento de la antigua y en un tiempo omnipotente Roma. Tristes, muy tristes son las lecciones que el tiempo nos ha legado. En todas ellas no veo yo otra cosa, sino el inflexible cumplimiento de aquella antigua ley que ordena como regla fundamental: "No codiciarás los bienes de tu vecino, ni cosa alguna que sea suya." Desde que he oído hablar tanto últimamente de la desmembración de México, he lanzado una mirada retrospectiva á la historia, para ver, en el curso de los acontecimientos que algunos llaman Providencia, lo que había ocurrido á algunas otras naciones que han acometido esta obra de desmembramiento. Encuentro que en la última mitad del siglo XVIII, tres poderosas naciones, Rusia, Austria y Prusia, se ligaron para desmembrar á Polonia. Dijeron como vosotros decís "es nuestro destino" Necesitaban espacio. Sin duda alguna que cada una de ellas se imaginó que con la parte que adquiriría de Polonia, se fortalecía y quedaba á cubierto de invasiones y aun de insultos. Una obtuvo su California, otra, su Nuevo México y otra su Veracruz. ¿Quedaron ilesas y á cu-

bierto de daños? ¡Ah! no; muy lejos de ello! La justicia retributiva también debe cumplir su destino.

Apenas pasaron algunos años y oímos hablar de un hombre nuevo, un teniente corso, que se titulaba á sí mismo "El soldado armado de la democracia:" era Napoleón. Asoló el Austria, ensangrentó sus campos; expulsó de su capital al César del Norte, y durmió en su palacio. Austria puede recordar ahora, cómo su poder pisoteó á Polonia ¿No pagó caro, muy caro, por su California?

¿Pero no tuvo Prusia también su expiación? Ved allí la obra de ese mismo Napoleón, el instrumento ciego de la Providencia. El estruendo de sus cañones en Jena proclama la obra de retribución por los males causados á Polonia; y se vió entonces á los sucesores del gran Federico, el sargento instructor de Europa, huyendo á través de los arenosos desiertos que rodean su capital contentos con haber escapado de la esclavitud y de la muerte ¿Y cómo le fué al autócrata de Rusia? ¿Estuvo seguro de la posesión de la cuota que le correspondió en el despojo de Polonia? No. Vemos, Señor, que repentinamente seiscientos mil hombres armados marcharon sobre Moscow. ¿La protegió su Veracruz? No tal. La sangre, la matanza y la desolación, se extendieron sobre sus dominios, y finalmente, el incendio de la antigua metrópoli comercial de Rusia completó la retribución que debía pagar por la parte que le tocó en el desmembramiento de su débil é impotente vecina.

Señor Presidente, una mente más inclinada que la mía, á ver los juicios divinos en las acciones de los hombres, no puede menos de hallar en esto la Providencia de Dios. Cuando ardía Moscow, parecía como si la tierra estuviera alumbrada para que las naciones presenciaran este espectáculo. Mientras ese potente mar de fuego se henchía revolviéndose y arremolinándose y subiendo cada vez más alto, hasta que sus llamas lamían las estrellas é inflamaban todo el firmamento, parecía que el Dios de las naciones estaba es-

cribiendo en ígneos caracteres, en la portada de su trono, la suerte que aguarda á las naciones fuertes que huellan con menosprecio á las naciones débiles. Y ¿qué suerte le estaba reservada al ejecutor mismo de esta obra, cuando hubo todo concluido? El también consiguió la noción de que su destino lo empujaba á la dominación universal. Francia era muy pequeña.—Europa, pensó él, debía doblegársele también.

Pero tan pronto como esta idea se apoderó de su alma, también él se tornó en impotente. Su "Terminus," debía igualmente retroceder. Allí mismo, mientras presenciaba la humillación de Rusia, Aquel que retiene en su mano los vientos, acumuló las nieves del Norte y las sopló sobre sus seiscientos mil hombres; corrieron, (se helaron) perecieron. Y resultó, pues, que el poderoso Napoleón, el que se había propuesto la dominación universal, fué á su vez llamado á responder por la violación de la antigua ley.

"No debes codiciar nada de lo que pertenece á tu vecino." ¡Cómo ha caído el poderoso! Este hombre, bajo cuya orgullosa planta temblaba la Europa entera, se tornó, primero, en el desterrado de la Isla de Elba, y finalmente, en un prisionero sobre la roca de Santa Elena. Una isla desierta, un mar solitario, el cráter de un volcán extinto, fueron el lecho de muerte del formidable conquistador. Todas sus conquistas se han reducido á esto. Llegó al fin su hora postrera, y él, el hombre del destino, que había estremecido al mundo como con las convulsiones de un terremoto, yace ahora impotente, silencioso, como un mendigo, así murió. En alas de una tempestad que bramó con insólita fiereza el alma fogosa de este portentoso guerrero llegó hasta el trono del único Poder que gobernó su vida; nuevo testimonio de la existencia de aquella eterna ley que los que no gobiernan con justificación, perecerán desde la tierra. Al fin, ya ha hallado "espacio."

Y Francia, también ella ha hallado espacio. Ya sus águilas no gritan como antes, en las orillas del Danu-

bio, del Po y de Boristenes, han tornado á su hogar, á su antiguo nido entre los Alpes, el Rhin y los Pirineos. Así sucederá con las vuestras. Bien podréis llevarlas á las más enhiestas cumbres de las Cordilleras; bien podrán agitarse con insolente vuelo en el alcázar de los Moctezuma; los ejércitos mexicanos podrán amilanarse ante ellas; pero las más endebles manos en México, al elevarse implorantes al Dios de Justicia, pueden atraer sobre vosotros un Poder en cuya presencia, los fierros corazones de vuestros soldados se tornarán en lividas cenizas!

Descripción de las tres funciones con que este Colegio celebró la definición dogmática de la Concepción Inmaculada.

*Memoria mea in generationes
saeculorum.*

Eclesiast. cap. XXIV. v. 28

*Qui elucidant me, vitam,
aeternam habebunt. 15 lb. v. 32*

Ocho de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—He aquí el día señalado allá en los consejos eternos para levantarse en medio de la confusa serie de los siglos como un monumento edificado entre el tiempo y la eternidad; la multitud de generaciones cristianas que por cerca de dos mil años se han sucedido ora combatidas por los recios embates de la impiedad y la heregía, ora deslizándose tranquilas al suave impulso de la fé, suspiraban llenas de santa inquietud por que luciese la aurora de tan bello día; esperando unas como el faro que, en la terrible borrasca de las persecuciones, había de descubrirles el puerto de salvación, las otras como el complemento de las bendiciones de